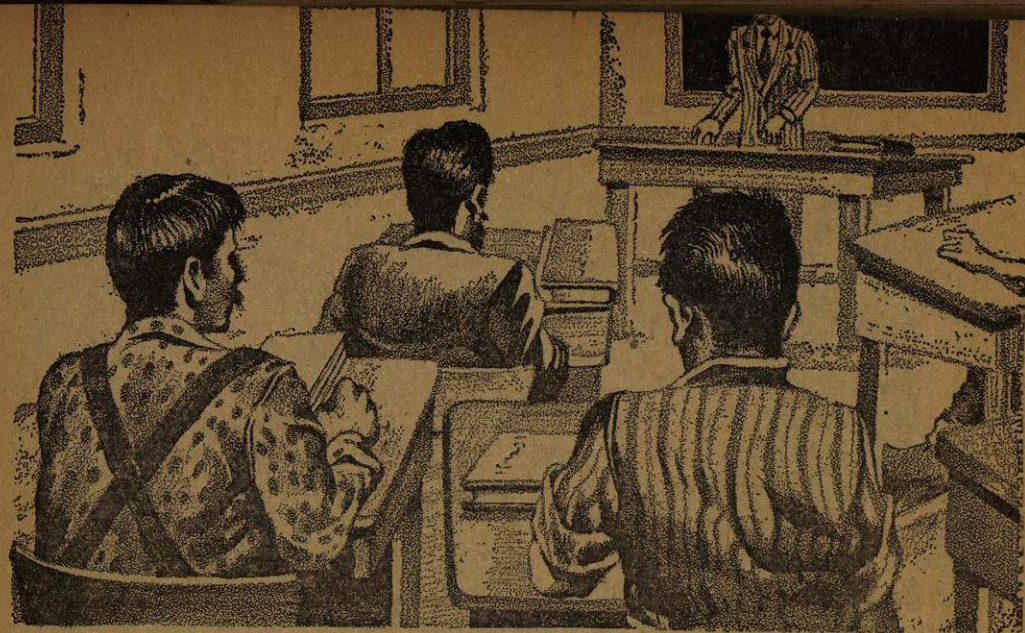
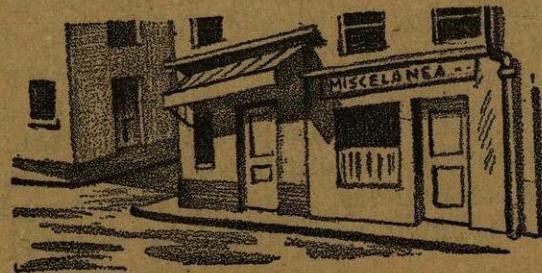


peto; debemos respetar la vejez, la miseria, el amor maternal, la enfermedad, la fatiga, la muerte. Siempre que veas una persona a la cual se le viene encima un carruaje, quítale del peligro, si es un niño; adviértele, si es un hombre; pregunta siempre qué tiene al niño que veas solo llorando. Recoge el bastón al anciano que lo haya dejado caer. Si dos niños riñen, sepáralos; si son dos hombres, aléjate por no asistir al espectáculo de la violencia brutal que ofende y endurece el corazón. Y cuando pase un hombre maniatado entre dos guardias, no añadas a la curiosidad cruel de la multitud, la tuya; puede ser inocente. Cesa de hablar con tu compañero y de sonreír cuando encuentres una camilla del hospital, que quizá lleva un moribundo, o un cortejo mortuario, porque ¡quién sabe si mañana pueda salir uno de tu casa! Mira con reverencia a todos los muchachos de los establecimientos benéficos que pasan de dos en dos: los ciegos, los mudos, los raquíuticos, los huérfanos los niños abandonados; piensa que son la desventura y la caridad humana las que pasan. Finge siempre no ver a quien tenga una deformidad repugnante, ridículo. Apaga siempre las cerillas que encuentres encendidas al pasar: el no hacerlo podría costar caro a alguno. Responde siempre con finura al que te pregunte por una calle. No mires a nadie riendo; no corras sin necesidad, y no grites. Respeta la calle. La educación de un pueblo se juzga, ante todo, por el comedimiento que observa en la vía pública. Donde notes falta de educación fuera, la encontrarás también dentro de las casas. Estudia las calles, estudia la ciudad donde vives, que si mañana fueras lanzado lejos de ella, te alegrarías de tenerla bien presente en la memoria y de poder recorrer con el pensamiento tu ciudad, tu pequeña patria, que ha constituido por tantos años tu mundo, donde has dado tus primeros pasos al lado de tu madre, donde has sentido las primeras emociones, abierta tu mente a las primeras ideas y encontrados los primeros amigos. Ella ha sido una madre para ti, te ha instruído, deleitado y protegido. Estúdiala en sus calles y en su gente; ámala, y cuando oigas que la injurian defiéndela.—*Tu padre*".



M A R Z O

LAS ESCUELAS DE ADULTOS

Jueves 2.—Ayer me llevó a mi padre a ver las clases de adultos de la escuela Bareti, que es la nuestra: ya estaban todas iluminadas, y los artesanos comenzaron a entrar. Al llegar, nos encontramos al director y a los maestros encolerizados, porque hacía poco habían roto a pedradas los cristales de una ventana; el bedel, echándose a la calle, había atrapado a un muchacho que pasaba; pero en el mismo momento se presentó Estando que vive enfrente a la escuela, diciendo: "Este no ha sido; yo mismo lo he visto con mis propios ojos; Franti ha sido el que ha tirado y me ha dicho: "¡Ay de ti si hablas; pero yo no tengo miedo". El director añadió que Franti sería expulsado para siempre. Entretanto observaba a los operarios que llegaban juntos, de dos en dos o de tres en tres, y ya habían entrado más de doscientos. ¡Nunca había yo visto lo hermosa que es una escuela de adultos! Allí estaban mezclados muchachos desde doce años y hombres con barba que volvían del trabajo, con su libros y sus cuadernos. Había carpinteros, fumistas, fogoneros con la cara negra, albañiles con las manos blancas de cal, mozos de panadería con el pelo enharinado; se percibía olor de barniz, de cuero, de pez, de aceite, olores de todos los oficios. También entró una escuadra de obreros de la Maestranza de Artillería, de uniforme, con un cabo. Todos se metían presurosos en los ban-

cos; quitaban el travesaño donde nosotros ponemos los pies, e inmediatamente inclinaba su cabeza sobre los cuadernos. Algunos iban a pedir explicación a los maestros con los cuadernos abiertos. Vi a aquel maestro joven y bien vestido, *el abogadillo*, que tenía tres o cuatro operarios alrededor de la mesa y hacía correcciones con la pluma; también al cojo, que se reía grandemente con un tintorero que llevaba un cuaderno manchado de tinte rojo y azul. Mi maestro, ya curado, se encontraba allí mismo; mañana volverá ya a la escuela. Las puertas de la clase estaban abiertas. Me quedé admirado, cuando comenzaron las lecciones, al ver la atención que todos prestaban, sin mover siquiera los ojos. Y sin embargo, "la mayor parte, decía el director, por llegar demasiado tarde, no habían ido a casa a tomar siquiera un poco de pan, y tenían hambre". Los pequeños, al cabo de media hora de clase, se caían de sueño. Alguno se dormía con la cabeza apoyada en el banco, y el maestro lo despertaba haciéndole cosquillas con una pluma en la oreja. Los mayores no: estaban bien despiertos, oyendo la lección con la boca abierta, sin pestañear; nos causaban maravilla. Subimos al piso superior, corrí hacia la puerta de mi clase, y me encuentro con que mi sitio estaba ocupado por un hombre de grandes bigotes, que llevaba una mano vendada porque quizá se había hecho daño con alguna herramienta, y que, sin embargo, se ingeniaba para poder escribir muy despacio. Lo que más me agradó fue el ver que precisamente en el mismo banco, y en el mismo rinconcito donde se sienta el albañilito, se sienta también su padre, aquel albañil grande como un gigante que apenas cabe en el sitio, con los codos apoyados en la mesa, la barba sobre los puños y los ojos fijos en el libro, y con una atención tan intensa, que no se le siente respirar. Y no fue pura casualidad, porque él fue precisamente quien dijo al director el primer día que asistió a la escuela: "Señor director, hágame el favor de ponerme en el mismo sitio que ocupa mi "carita de liebre" (porque siempre llama a su hijo de esta manera). Nos detuvimos en la escuela hasta lo último, encontrándonos en la calle a muchas mujeres con los niños abrazados al cuello, que esperaban a sus maridos, y que en cuanto salían hacían el cambio; los operarios cogían a sus hijos en brazos, las mujeres tomaban los libros y los cuadernos, y así llegaban a casa. Por algún tiempo la calle estaba llena de gente y de ruido. Luego todo quedó en silencio, y no distinguimos ya nada más que la figura larga y cansada del director, que se alejaba.



LA LUCHA

Domingo 5.—Era de esperar: Franti, expulsado por el director, quiso vengarse y aguardó a Estando en una esquina, a la salida de la escuela, por donde había de pasar con su hermana, a quien todos los días va a buscar a un colegio de calle de Dora Grosa. Mi hermana Silvia, al salir de su clase, lo vio todo, y volvió a casa llena de espanto. He aquí lo que ocurrió: Franti, con su gorra lustrosa de hule, aplastada y caída sobre una oreja, corrió de puntillas hasta alcanzar a Estando y, para provocarle, dio un tirón a la trenza de su hermana; pero tan fuerte, que casi la tira en tierra hacia atrás. La muchachita lanzó un grito; su hermano se volvió. Franti, que es mucho más alto y más fuerte que Estando, pensaba: "O se aguantará, o le daré de cachetes". Pero Estando no se detuvo en pensarlo y, a pesar de ser tan pequeño y mal formado, se lanzó de un salto sobre aquel grandulón y le molió a puñetazos; pero no podía con él, y le tocaban más de los que él daba. Nadie pasaba por la calle, sino algunas niñas; nadie podía separarles. Franti le tiró al suelo; pero él en seguida se puso en pie, y vuelta a echársele encima a Franti, que lo golpeaba como quien golpea en una puerta: en un momento le arrancó media oreja, le hundió un ojo y le hizo echar sangre por la nariz. Pero Estando no cejaba, duro con él; rugía: "Me matarás, pero te las he de hacer pagar". Franti le daba puntapiés y puñadas; Estando se defendía

a patadas y empujones, y hasta con la cabeza. Una mujer gritaba desde la ventana: "¡Bravo por el pequeño!" Otras decían: "Es un muchacho que defiende a su hermana. ¡Valor! Dale a puño cerrado". Y a Franti le gritaban: "¡Porque eres mayor, cobarde!" Pero Franti también estaba enfurecido, le echó la zancadilla y Estando cayó, y él encima: "¡Ríndete!" "¡No!" "¡Ríndete!" "No" Y de un empujón se deslizó de entre sus manos y se puso en pie: se aferró a Franti por la cintura, y con un esfuerzo furioso lo tiró impetuosamente sobre el empedrado, echándole la rodilla al pecho: "¡Ah, el infame tiene una navaja!" gritó un hombre que corría para desarmar a Franti. Pero ya Estando, fuera de sí, le había cogido el brazo con las dos manos y dándole un fuerte mordisco, le hizo dejar caer la navaja, la mano le sangraba. Acudieron otros varios, les separaron y les levantaron; Franti echó a correr, malparado; Estando permaneció en el sitio, con la cara arañada y un ojo magullado, pero vencedor, al lado de su hermana, que lloraba mientras otras niñas recogían los cuadernos y los libros desparramados por el suelo. "¡Bravo por el pequeño —decían alrededor—, que ha defendido a su hermana!" Pero Estando, que pensaba más en su carrera que en su victoria, se puso luego a examinar uno por uno los libros y los cuadernos para ver si faltaba algo o se había estropeado: los limpió con la manga, miró el cartapacio, puso en su sitio todo, y luego, tranquilo y serio como siempre, dijo a su hermana: "Vámonos pronto, que tengo que hacer un problema con cuatro operaciones.

LOS PADRES DE LOS CHICOS

Lunes 6.—Esta mañana estaba el grueso padre de Estando esperando a su hijo, temiendo que se encontrase a Franti de nuevo; pero Franti dicen que no volverá más, porque lo meterán en la cárcel. Había muchos padres esta mañana. Entre otros se hallaba el revendedor de leña, el padre de Coreta, que es el retrato de su hijo: esbelto, alegre, con sus bigotes aguzados y un lacito de dos colores en el ojal de la chaqueta. Ya conozco a casi todos los padres de los muchachos, de verlos siempre allí. Hay una abuela encorvada, con cofia blanca, que aunque llueva, nieve o truene, viene siempre cuatro veces al día al traer o llevarse un nietecillo suyo, que va a la clase de primaria superior, y a quien quita el capote, se lo vuelve a poner a la salida, le arregla la corbata, le sacude el polvo, le tusa, le mira los cuadernos: ¡se comprende que no tiene

otro pensamiento y que no encuentra nada más hermoso en el mundo! Viene a menudo también el capitán de artillería, padre de Roberto, el niño de las muletas, aquél que salvó a otro niño de un ómnibus; y casi como todos los compañeros de su hijo, al pasar por su lado, la hacen una caricia, el padre devuelve la caricia o el saludo sin olvidarse de nadie; a todos se dirige, y cuando más pobres y peor vestidos van, con mayor alegría se les agradece. A veces también se ven cosas tristes: un caballero que no venía ya porque hacía un mes que se le había muerto un hijo y mandaba a la portera a recoger a otro, volvió ayer por primera vez, y al ver la clase y a los compañeros de su pequeñuelo muerto, se metió en un rincón y prorumpió en sollozos, tapándose la cara con las manos; el director le cogió del brazo y lo llevó a su despacho. Hay padres y madres que conocen por sus nombres a todos los compañeros de sus hijos, muchachos de la escuela inmediata y alumnos del Instituto, que vienen a esperar a sus hermanos. Suele venir también un señor ya viejo, que era coronel; y cuando algún muchacho deja caer un cuaderno pluma en medio de la calle, él lo recoge. No faltan tampoco señoras elegantes que hablan de cosas de la escuela con pobres mujeres de pañuelo a la cabeza y cesta al brazo, diciendo: "¡Ah! ¡Ha sido terrible esta vez el problema! Esta mañana tenían una lección de Gramática que no se acababa nunca". Si hay un enfermo en una clase, todas lo saben; y cuando está mejor, todas se alegran. Precisamente esta mañana había ocho o diez señoras y artesanas que rodeaban a la madre de Crosi, la verdulera, para preguntarle noticias de un pobre niño de la clase de mi hermano que vive en su patio y está en peligro de muerte. Parece que la escuela hace a todos iguales, y amigos a todos.

EL NUMERO 78

Miércoles 8.—Ayer tarde presencié una escena conmovedora. Varios días hacía que la verdulera, siempre que Deroso pasaba a su lado, lo miraba y remiraba con una expresión de afecto muy grande, porque Deroso, después de hacer el descubrimiento del tintero del presidiario número 78, ha tomado cariño a Crosi, su hijo, el de los cabellos rojos, el del brazo paralítico; le ayuda a hacer los trabajos en la escuela, e indica las respuestas, le da papel, plumas y lápiz, en suma: le trata como un hermano, como para compensarle de aquella desgracia de su padre que le ha cabido en suerte y que él no conoce. Habían pasado varios días en que la verdulera

miraba a Deroso, pareciendo querérselo tragar con los ojos, porque es una buena mujer que no vive más que para su hijo; y como Deroso es el que le ayuda, y gracias a él hace buen papel en la escuela, siendo Deroso un señor y el primero de la clase, le parece a ella un rey, un santo. Sus ojos daban a entender que quería decirle algo, pero le daba vergüenza. Ayer mañana, por último, se armó de valor, y le detuvo delante de una puerta: "Dispéñseme, señorito: usted que es tan bueno y quiere tanto a mi hijo, hágame el favor de aceptar este pequeño recuerdo de una pobre madre"; y sacó de su cesta de verdura una cajita de cartón blanca y dorada. Deroso se puso como la grana, y la rechazó, diciéndole amable, pero resuelto: "Désela usted a su hijo: ...no acepto nada". La mujer quedó contrariada y pidió perdón, balbuceando: "No creía ofenderlo... ¡Si no son más que caramelos!" Pero Deroso repitió la negativa, meneando la cabeza. Entonces ella sacó tímidamente de la cesta un manojo de rabanillos, y dijo: "Acepte al menos éstos, que son frescos, para llevárselos a su madre". Deroso sonrió contestando: "No gracias, no quiero nada; haré siempre lo que pueda por Crosi, pero no debo aceptar nada; gracias de todos modos". "Pero ¿no se ha ofendido usted?", preguntó la pobre mujer con ansiedad, Deroso le dijo sonriendo: "¡Bah! no"; y se fue, mientras ella exclamaba con alegría: "¡Oh! ¡Qué muchacho tan bueno! ¡Nunca he visto otro tan guapo!" Todo parecía concluido; pero he aquí que por la tarde, a las cuatro, en lugar de la madre de Crosi se le acerca el padre, con su cara mortecina y melancólica. Detuvo a Deroso, y en la manera de mirarlo se comprendía en seguida su sospecha de que Deroso conociese su secreto; le miró fijamente, diciéndole con voz triste y afectuosa: "Usted quiere mucho a mi hijo... ¿por qué lo quiere tanto?" Deroso se puso encendido. Hubiera querido responder: "Le quiero tanto porque ha sido desgraciado; porque también usted, su padre, ha sido más desgraciado que culpable, expiando noblemente su delito, siendo un hombre de corazón". Pero le faltaron los ánimos para decirlo, porque en el fondo sentía temor y casi repugnancia ante aquel hombre que había derramado la sangre de otro y había estado seis años preso. Este lo adivinó todo, y bajando la voz, dijo al oído y casi temblando a Deroso. "Usted quiere bien al hijo, pero no quiere mal... no desprecia al padre: ¿no es verdad?" "¡Ah! no, no", exclamó Deroso en un arranque del alma. El hombre hizo entonces un movimiento impetuoso como para echarle el brazo al cuello, pero no se atrevió, contentándose con coger con dos dedos uno de sus rizos; lo estiró y lo dejó libre en seguida; luego se llevó su propia

mano a la boca y la besó, mirando a Deroso con los ojos humedecidos como para decirle que aquel beso era para él. Después cogió a su hijo de la mano, y se fue con paso rápido.

EL CHIQUITIN MUERTO

Lunes 13.—El niño que vivía en el patio de la verdulera, y era de la sección primaria superior, como mi hermano, ha muerto. La maestra Delcato vino el sábado por la tarde llena de aflicción a dar la noticia al maestro, inmediatamente Garrón y Coreta se ofrecieron para llevar el atúd. Era un muchachito excelente: la semana anterior había ganado la medalla; quería mucho a mi hermano, y le había regalado una hucha rota; mi madre le hacía caricias siempre que le encontraba. Usaba una gorra con dos tiras de paño rojo. Su padre es mozo de estación. Ayer tarde, domingo, a las cuatro y media, fuimos a su casa para acompañarle hasta la iglesia. Viven en el piso bajo. Ya había en el patio muchos niños de su sección con sus madres, y cinco o seis maestras con cirios, y algunos vecinos. La maestra de la pluma roja y la Delcato habían entrado dentro y las veíamos, por una ventana abierta, que estaban llorando, y la madre del niño, que sollozaba fuertemente. Dos señoras, madres de dos compañeros de escuela, habían llevado sendas guirnaldas de flores. A las cinco en punto nos pusimos en camino. Iban delante un muchacho que llevaba la cruz, luego el cura, luego la caja, una caja muy pequeña, ¡pobre niño!, cubierta de paño negro, y sujetas alrededor de las guirnaldas de las dos señoras. A un lado del paño negro habían prendido la medalla y tres menciones honoríficas que el muchacho había ganado durante el año. Conducían el ataúd Garrón, Coreta y dos muchachos del patio. Detrás de la caja venían, en primer lugar, la Decato que lloraba como si el muerto fuera hijo suyo; detrás, otras maestras, y luego los muchachos, entre los cuales había algunos muy pequeños, con sus ramitos de violetas en la mano, y miraban al féretro absortos, dando la otra mano a sus madres, que llevaban las velas por ellos. Oí que uno de éstos decía: "¿Y ahora ya no vendrá más a la escuela?" Cuando la caja salió del patio, un grito desesperado salió de la ventana: era la madre del niño, a quien hicieron retirar al interior en seguida. En la calle encontramos a los muchachos de un colegio, que iban de dos en dos, y al ver el féretro con la medalla, y a las maestras, se quitaron todos sus gorras. ¡Pobre chiquitín! ¡Se fue a dormir para siempre con su medalla! Ya



no veremos su gorrilla con las tiras rojas. Estaba bueno, y a los cuatro días murió. El último hizo un esfuerzo para levantarse y poder escribir su trabajo de Gramática, y se empeñó en que le habían de poner la medalla sobre la cama, temiendo que se la cogiesen. ¡Nadie te la quitará ya, pobre niño! ¡Adiós, adiós! ¡Siempre nos acordaremos de ti en la sección Bareti! ¡Ángel, duerme en paz!

LA VISPERA DEL 14 DE MARZO

Hoy ha sido un día más alegre que ayer. ¡Trece de marzo! Víspera de la distribución de premios en el teatro de Víctor Manuel: la fiesta grande y hermosa de todos los años. En el presente no han escogido a la suerte los muchachos que deben ir al palco escénico para presentar los diplomas de los premios a los señores que hacen la distribución. El director vino esta mañana al final de la clase, y dijo: "Muchachos, una buena noticia". Llamó en seguida: "¡Coraci! —el calabrés; éste se levantó—. ¿Quieres ser uno de los que mañana en el teatro, entreguen los diplomas a las autoridades?" El calabrés dijo que sí. "Está bien —repuso el director—; de esta manera tendremos también un representante de la Calabria. Será cosa hermosa. El Ayuntamiento este año ha querido que los

diez o doce muchachos que presentan los premios sean chicos de todas partes de Italia, entresacándolos de las distintas secciones de las escuelas públicas. Contamos con veinte secciones y cinco sucursales: siete mil alumnos; entre tan gran número no costó trabajo encontrar un muchacho por cada región italiana. En la sección llamada Torcuato Tasso se encontraron dos representantes de las islas un sardo y un siciliano: la escuela Boncompagni dio un pequeño florentino, hijo de un escultor en madera; hay un romano de la misma Roma, en la sección Tomaseo: vénetos, lombardos de las romañas, se encuentran varios; un napolitano, hijo de un oficial procede de la Sección Monsivo; por nuestra parte damos un genovés y un calabrés; tú, Coraci. Con el piemontés serán los doce. Es hermoso, ¿no os parece? Vuestros hermanos de todas las regiones italianas serán los que os den los premios: los doce se presentarán a la vez en el escenario. Acogedlos con nutridos aplausos. Son muchachos, pero representan al país como si fueran hombres; lo mismo simboliza a Italia una pequeña bandera tricolor que una grande, ¿no es verdad? Aplaudirles calurosamente; mostrad que vuestros corazones infantiles se encienden, que también vuestras almas de diez años se exalten ante la santa imagen de la patria". Dicho esto se fue, y el maestro añadió sonriente: "Por consiguiente, tú Coraci, eres el diputado por Calabria". Todos batieron palmas riendo, y cuando salimos a la calle, rodearon todos a Coraci, lo cogieron por las piernas, lo levantaron en alto y comenzaron a llevarlo en triunfo, gritando: "¡Viva el diputado por Calabria!" Una broma, por supuesto, no para ridiculizarlo, sino para festejarlo, porque es un chico querido de todos; él no cesaba de reír. Así lo llevaron hasta la esquina, donde se encontraron con un señor de barba negra, que también rompió a reír. El calabrés dijo: "¡Si es mi padre!" Entonces dejaron los compañeros al hijo en brazos de su padre, y se desparramaron por todas partes.

DISTRIBUCION DE PREMIOS

Martes 14.—A eso de las dos, el grandísimo teatro estaba lleno: el patio, las galerías, los palcos, la escena, todo rebosando; se veían miles de caras de muchachos, señoras, maestros, trabajadores, mujeres del pueblo, niños. Era un movimiento de cabezas y de manos, un vaivén de plumas, lazos y rizos; un murmullo nutrido y jovial que daba verdadera alegría al alma. El teatro estaba adornado con pabellones de tela roja, blanca y verde. En el patio, habían hecho dos escaleras: una a la derecha, por la cual los premiados

debían subir al escenario; otra a la izquierda, por donde debían bajar después de haber recibido el premio. Delante, en el escenario, había una fila de sillones rojos, y del respaldo del que ocupaba el centro pendía una linda corona de laurel; en el fondo, un trofeo de banderas, a un lado, una mesa con tapete verde, sobre la cual estaban todos los diplomas, atados con lazos tricolores. La orquesta estaba en su sitio; los maestros y las maestras llenaban la mitad de la primera galería, que les había sido reservada: las butacas estaban atestadas de cientos de muchachos que habían de cantar, con los papeles de música en la mano. Por todas partes veíanse ir y venir maestros y maestras, que arreglaban las filas de los premiados, y a las madres, que daban el último toque a los cabellos y a las corbatas de sus hijos.

Apenas entré con mi familia en el palco, vi en el de enfrente a la maestrilla de la pluma roja, que reía, con sus graciosos hoyuelos en las mejillas, y con ella a la maestra de mi hermana y a la monjita, vestida de negro, y a mi buena maestra de la sección superior; pero tan pálida, ¡pobrecilla!, y tosiendo tan fuerte, que se oía por todas partes. Mirando al patio me encontré en seguida con la simpática carota de Garrón y la cabecita rubia de Nelle pegada al hombro de Garrón. Algo más allá vi a Garofi con su nariz de gavilán, que se agitaba mucho por recoger listas impresas de los que iban a ser premiados y de los cuales había reunido un gran fajo para hacer, sin duda, algún tráfico de los suyos... que mañana sabremos. Cerca de la puerta estaba el vendedor de leña con su mujer, ambos vestidos de día de fiesta, y su hijo, que tiene tercer premio en la sección segunda, me quedé maravillado al ver que no llevaba la gorra de piel de gato y el chaleco de punto de color de chocolate: estaba vestido como un señorito. En la galería alcancé a ver por un momento a Votino, con su gran cuello bordado; luego desapareció. También estaba en un palco del proscenio, lleno de gente, el capitán de artillería, el padre de Roberto, el niño de las muletas, el pobre cojo.

Al dar las dos la banda tocó, y en el mismo momento subieron por la escalerilla de la derecha el alcalde, el gobernador, el asesor y muchos otros señores, vestidos todos de negro, que se fueron a sentar en los sillones rojos colocados delante del escenario. La banda cesó de tocar. Se adelantó el director de las escuelas de canto, batuta en mano. A una señal suya todos los muchachos del patio se pusieron en pie; a otra, comenzaron a cantar. Eran setecientos los que cantaban una bellísima canción; setecientas voces de muchachos ¡qué hermoso coro! Todos escuchaban inmóviles: era un canto dul-

ce, límpido, lento, que parecía canto de iglesia; cuando callaron, todos aplaudieron; después reinó completo silencio. La distribución iba a comenzar. Mi maestrillo de la sección segunda se había adelantado ya, con su cabeza rubia y sus avispados ojos, para leer los nombres de los premiados. Se esperaba que entrasen los doce muchachos para presentar los diplomas. Los periódicos habían publicado ya que serían chicos pertenecientes a todas las provincias italianas. Todos lo sabían y los esperaban, mirando con curiosidad al sitio por donde debía entrar el alcalde y los demás señores: en todo el teatro imperaba profundo silencio.

De repente aparecen a la carrera, deteniéndose en el proscenio, en correcta formación y sonrientes. Todo el teatro, tres mil personas, se levantan y prorrumpan a la vez en un aplauso, que más bien parecía el estallido de un trueno. Los muchachos parecen desconcertados en el primer momento. “¡Ahí tenéis a Italia!”, dijo una voz desde el escenario. Inmediatamente reconocí a Coraci, el calabrés, vestido, como siempre, de negro. Un señor del municipio que estaba con nosotros y conocía a todos, se los iba indicando a mi madre: “Aquel pequeño rubio es el representante de Venecia”. Había dos o tres vestidos de señoritos; los demás eran hijos de artesanos, pero bien ataviados y limpios. El florentino, que era el más pequeño, llevaba una faja azul a la cintura. Pasaron todos delante del alcalde, quien fue besando en la frente uno a uno, mientras otro señor que estaba al lado le iba diciendo, por lo bajo y sonriendo, los nombres de las ciudades: “Florenzia, Nápoles, Bolonia, Palermo...”, y a cada uno que desfilaba, el teatro entero aplaudía. Luego se colocaron todos al lado de la mesa verde para ir cogiendo los diplomas; el maestro comenzó a leer la lista, diciendo las secciones, las clases y los nombres, comenzando por su orden, los premiados.

Apenas habían subido los primeros cuando comenzó a oírse detrás del escenario una música muy suave de violines, que duró todo el tiempo que tardaron en desfilar los agraciados tocaba un aire gracioso y siempre igual que semejaba un murmullo de muchas voces apagadas; las voces de todas las madres y de todos los maestros y maestras como si todos juntos diesen a una consejos suplicasen y regañasen amorosamente. Mientras tanto los premiados pasaban uno tras de otro delante de los señores sentados, que les presentaban los diplomas y les decían alguna palabra afectuosa, o les hacían alguna caricia, cada vez que algún pequeñuelo pasaba, los muchachos de las butacas y de las galerías; lo mismo cuando se presentaba alguno de pobre aspecto o que tuviera los cabellos rizados o fuese vestido de encarnado o de blanco. Entre ellos había

algunos de la sección primera superior que, una vez en el escenario, se confundían y no sabían dónde volverse, provocando la risa en todo el teatro; uno de ellos, que apenas medía tres palmos, con un gran nudo de cinta encarnada en la espalda, le costaba trabajo andar se enredó en la alfombra y cayó; el gobernador lo levantó y fue motivo para risas y aplausos generales. Otro se resbaló en la escalerilla, yendo a parar de nuevo al patio; se oyeron algunos gritos, pero no se hizo daño. Toda clase de fisonomías fueron desfilando: caras de traviosos, caras de asustados, caras coloradas como las cerezas y caras siempre risueñas; apenas bajaban a las butacas, los padres y las madres les agarraban y se los llevaban consigo. Cuando tocó la vez a nuestra sección, ¡entonces sí que me divertí! A casi todos conocía. Pasó Coreta, que estrenaba todo el traje, con el semblante risueño y alegre, enseñando sus blancos dientes, y, sin embargo, ¡quién sabe cuántos quintales de leña había ya repartido por la mañana! El alcalde, al darle el diploma, le preguntó qué era una señal encarnada que tenía en la frente, manteniendo entre tanto la mano apoyada en el hombro; yo busqué en el patio a su padre y a su madre, y los vi que reían, tapándose la boca con las manos. Pasó luego Deroso, vestido de azul, con los botones relucientes y los rizos como de oro; esbelto, gracioso, con la frente alta, tan guapo y tan simpático, que le hubiera dado un abrazo; todos los señores le hablaban y le dieron un apretón de manos. El maestro pronunció después el nombre de Roberto. Y vimos avanzar al hijo del capitán de artillería con las muletas. Cientos de muchachos conocían el hecho; la voz se esparció en un abrir y cerrar de ojos, y una salva de aplausos y de gritos hizo retemblar el teatro; los hombres se pusieron en pie, las señoras agitaron los pañuelos, y el pobre muchacho se detuvo en medio del escenario, aturdido y tembloroso... El alcalde le hizo acercarse y le dio el premio y un beso; y tomando del respaldo de su sillón la corona de Laurel que estaba colgada, la colocó en la almohadilla de una muleta. Le acompañó luego hasta el palco de proscenio donde estaba su padre, el cual levantó en peso y le metió dentro, en medio de una gritería indecible de bravos y de vivas. La suave música de los violines continuaba entretanto, y los muchachos seguían pasando; los de la sección del Consulado eran casi todos hijos de comerciantes; los de la sección Boncompaño, muchos de ellos eran hijos de labradores; los de la escuela Reniero, hijos de artesanos. Apenas concluyó el reparto de premios, los setecientos muchachos de las butacas cantaron otro hermosísimo himno; habló luego el alcalde; tras éste el inspector de las escuelas, que terminó dicien-

do: "...No salgáis de aquí sin enviar un saludo a los que tanto se afanan por vosotros, a los que os consagran todas las fuerzas de su inteligencia y de su corazón, que viven y mueren por vosotros. ¡Helos allí!" Y señaló a la galería de los maestros. Todos los muchachos de las galerías, de los palcos y de las butacas se levantaron, señalándolos con los brazos al vitorearlos; los maestros respondían agitando las manos, los sombreros, los pañuelos; era una escena conmovedora. La banda tocó otra vez, y el público envió su último saludo en un fragoroso aplauso a los doce muchachos de todas las provincias de Italia, que se presentaron en fila en el escenario, con los brazos entrelazados, bajo una lluvia de ramos de flores.

LITIGIO

Lunes 20.—Sin embargo, no es posible que porque él haya alcanzado el premio y yo no, por envidia, haya tenido un altercado con Coreta. No fue por envidia. ¡Sí, hice mal! El maestro le había colocado a mi lado; yo estaba escribiendo en el cuaderno de caligrafía; me empujó con el codo y me hizo echar un borrón y manchar también el cuento mensual *Sangre romañola* que tenía que copiar para el albañilito, que estaba enfermo. Yo me enfurecí y le solté una palabrota. El me contestó sonriendo: "No lo he hecho a propósito". Debería haberlo creído, porque lo conozco; pero me desagradó que sonriera, y pensé: "¡Oh! ¡Ahora que ha obtenido el premio está ensoberbecido!" Y al poco rato para vengarme le di un empujón que le estropeó la plana. Entonces, encendido por la rabia. "Tú sí que lo has hecho de intento", me dijo, levantando la mano. El maestro lo vio, y la retiró. Coreta añadió por lo bajo: "¡Te espero fuera!" Yo me quedé en mala situación; la rabia se me desvaneció y sentí verdadero arrepentimiento. No, Coreta no podía haberlo hecho de propósito. "Es bueno", pensé. Se me vino a la mente cómo le había visto cuidar a su madre enferma y la alegría con que luego le había recibido en mi casa, y cuánto le había gustado a mi padre. ¡No sé lo que habría dado por no haberle dicho aquella palabrota ni cometido semejante bajeza! Me ocurría el consejo que mi padre me hubiera dado: "¿Has hecho mal?" "Sí". "Pues entonces pídele perdón". No me atreví a hacerlo así, porque me avergonzaba el tener que humillarme. Le miraba de reojo, veía su chaqueta de punto descosida por la espalda, ¡quién sabe!, quizá por la mucha leña que había tenido que llevar; sentía que le quería de veras, y me decía a mí mismo: "¡Valor!", pero la palabra *perdón* no me pasaba por la garganta. El también, alguna que otra

vez, me miraba de reojo; pero más bien me parecía apesadumbrado que rabioso. En tales ocasiones también yo le miraba hosco, para dar a entender que no tenía miedo. El me repitió: "Ya nos veremos fuera! Y yo: "Sí que nos veremos fuera". Pero no cesaba de pensar en lo que mi madre me había dicho una vez: "Si no tienes razón defiéndete, ¡pero no te pelees!" Y no cesaba de decir para mis adentros: Me defenderé, pero no pegaré". Estaba desazonado, triste, no oía lo que decía el maestro. Al fin llegó la hora de salida. Cuando me encuentre solo en la calle, noté que él me seguía. Me detuve, y lo esperé con la regla en mano. Se acercó él, y yo levanté la regla. "No, Enrique dijo él con su bondadosa sonrisa—; seamos tan amigos como antes". Me quedé aturdido por un momento, y luego sentí como si una mano me empujase por las espaldas, hasta encontrarme en sus brazos. Me abrazó y dijo: "Basta de mohines entre nosotros, ¿no es verdad?" "¡Nunca, jamás! ¡Nunca, jamás!" le respondí. Y nos separamos contentos. Cuando llegué a casa, sin embargo, y se lo conté todo a mi padre, creyendo que le agradaría, le sentó muy mal y me replicó: "Tú debías haber sido el que primero tendiese la mano, puesto que habías cometido la falta". Luego añadió: "No debiste levantar la regla sobre un compañero mejor que tú, sobre el hijo de un soldado!" Y cogiéndome la regla de la mano, la hizo pedazos y la tiró contra la pared.

MI HERMANA

Viernes 24.—"¿Por qué, Enrique, después que nuestro padre te censuró el que te hubieses portado mal con Coreta, has hecho conmigo aquella acción? No te puedes imaginar la pena que he tenido. ¿No sabes que cuando tú eras niño, estaba al lado de tu cuna horas y horas, en vez de ir a divertirme con mis amigas, y cuando estabas malo, todas las noches saltaba de la cama para ver si quemaba tu frente? ¿No sabes, tú que ofendes a tu hermana, que ella haría de madre si una tremenda desgracia nos afligiese, y te querría tanto como un hijo? ¿No sabes que cuando nuestro padre y nuestra madre no existan, yo seré tu mejor amiga, la sola con quien podrás hablar de nuestros muertos y de la infancia, y que si fuera preciso trabajaría para ti, Enrique, para poder tener pan y hacerte estudiar, y que te querré siempre cuando seas grande, y te seguiré con mi pensamiento cuando estés lejos, sin cesar, porque hemos crecido juntos y tenemos la misma sangre? ¡Oh, Enrique, tenlo por seguro! ¡Cuando seas hombre, si te ocurre una desgracia, si estás solo, estoy segura que me buscarás y me vendrás a decir: "Silvia,

hermana, déjame estar contigo, hablemos de cuando éramos felices, ¿te acuerdas? Hablemos de nuestra madre, de nuestra casa, de aquellos días hermosos tan lejanos". ¡Ah, Enrique! Siempre encontrarás a tu hermana con los brazos abiertos. Sí, querido Enrique, y perdóname también ahora el regaño que te hago. Yo no me acordaré de ninguna sinrazón tuya, ni aun cuando me dieses otros disgustos. ¿Qué me importa? Serás siempre mi hermano; del mismo modo no me acordaré de otra cosa más que de haberte tenido en mis brazos cuando niño, haber querido al padre y a la madre contigo, haberte visto crecer y haber sido por tantos años tu más fiel compañera. Pero escíbeme alguna palabra en este mismo cuaderno, y yo pasaré de nuevo a leerla antes de la noche. Entretanto, para demostrar que no estaba incomodada contigo, al ver que estabas cansado, he copiado por ti el cuento mensual *Sangre romana*, que tú debías copiar para el albañilito enfermo; búscalo en el cajoncito de la izquierda de tu mesa; lo he escrito todo en esta noche mientras dormías. Escíbeme alguna palabrita cariñosa, te lo suplico.—*Tu hermana Silvia*".

"No soy digno de besar tus palabras.—*Enrique*".

